



Reseñas

La perenne actualidad del estoicismo romano

MARCELA CORIA¹

Reseña de:

Javier Gomá, Carlos García Gual y David Hernández de la Fuente: *El estoicismo romano. Séneca, Epicteto, Marco Aurelio. Orígenes, vida e influencia de los tres grandes pensadores del estoicismo romano*. Barcelona: Arpa, 2024, 172 pp. ISBN: 978-84-19558-60-2.

Nuestra contemporaneidad parece haber encontrado en el estoicismo su filosofía de referencia. En efecto, resulta notable la abundante cantidad de bibliografía que se ha publicado en los últimos años y se está publicando ahora mismo acerca de esta escuela nacida en el período helenístico pero que perduró unos cinco siglos (III a.C. - II d.C.). Por supuesto, y necesariamente, se trata de una bibliografía heterogénea: hay obras de importantes estudiosos como John Sellars (*Estoicismo. Una introducción a la filosofía del arte de vivir*, trad. esp., Paidós, CABA, 2023, o *Lecciones de estoicismo. Filosofía antigua para la vida moderna*, trad., esp., Taurus, CABA, 2022), y también hay obras en las que parece mezclarse (un poco desvergonzadamente a veces) alguna idea estoica con mucho de autoayuda. En fin, este nuevo libro de tres rigurosos especialistas españoles como Javier Gomá, Carlos García Gual y David Hernández de la Fuente pertenece, claramente, al primer grupo.

El estoicismo romano reúne las conferencias pronunciadas por cada uno de los autores en octubre de 2023, en la Fundación March (Madrid), en el marco del ciclo homónimo. Por lo tanto, el volumen está dividido en tres capítulos. En el primero (pp. 9-71), Javier Gomá presenta los rasgos más sobresalientes de la vida y la obra de Séneca a partir de “cuatro entornos” (p. 12):

¹ Universidad Nacional de Rosario.
E-mail: coriamarcela@hotmail.com

el histórico, el literario, el filosófico y el familiar. Estos ejes organizan la exposición sobre Séneca, exposición que el autor divide en cuatro etapas: “Orador y cortesano: hasta el exilio”, “El exilio: siete años de un filósofo en Córcega”, “Educador y amigo del príncipe: catorce años con Nerón” y “El retiro del sabio: tres últimos años”, para pasar luego a una sugestiva descripción de la muerte del filósofo como “la imagen de su vida” (p. 64). A lo largo de todo el capítulo, citas del brillante cordobés apoyan el análisis de Gomá, que se muestra coherentemente certero y nunca indulgente con las contradicciones que dieron su forma característica a la articulación entre la vida política y la obra filosófica de Séneca, ya señalada frecuentemente por la crítica. Sin embargo, y teniendo en cuenta la entereza del filósofo en el momento supremo, concluye: “Si hubo contradicciones en su vida anterior, las redimió al final, porque la serenidad que demostró en el trance de su muerte confirmó con la prueba de los hechos que, pese a las apariencias, siempre había sido coherente con el alto ideal de sabiduría expuesto en sus libros”, lo que demuestra que “Séneca fue un hombre egregio, aunque imperfecto, que en el instante decisivo se elevó a la perfección y culminó esa obra maestra que, en conjunto, fue su persona” (p. 66). Completan el capítulo dos imágenes del busto bicéfalo de Sócrates y Séneca que se encuentra en el Museo Pérgamo de Berlín (pp. 72-73) y un anexo con una nota de Marcelino Menéndez Pelayo sobre el estilo de Séneca (pp. 75-76).

En el segundo capítulo (pp. 77-111), Carlos García Gual aborda la figura de Epicteto, el esclavo cuyo verdadero nombre no conocemos, que logró ser libre y convertirse en un auténtico maestro de filosofía, un “profesional de la enseñanza estoica” (p. 79), siempre en busca de la verdad y sin las ataduras que sus diferentes posiciones sociales les imponían tanto a Séneca como a Marco Aurelio. También a diferencia de ambos, Epicteto fue un pensador ágrafo, y las obras que tenemos de él se las debemos, como es sabido, a su fiel e inteligente discípulo Arriano de Nicomedia. García Gual hilvana reflexiones de importantes críticos como Wilhelm Capelle, Gonzalo Puente Ojea, Jean Brun, Pierre Hadot, Anthony Long, Martha Nussbaum y Pablo Jordán de Uríes, entre otros, para dar un retrato que trasciende la figura de Epicteto y demuestra la importancia del estoicismo como la ideología predominante de la turbulenta Antigüedad tardía. Las citas de estos críticos, junto con la argumentación del autor, también contribuyen a destacar los aspectos fundamentales de la personalidad y de la filosofía de Epicteto: la necesidad de someterse voluntariamente a la razón y al destino, la primacía de la libertad interior como principio inalienable más allá de las circunstancias externas, la importancia de lo que depende de nosotros y de la correcta evaluación e interpretación de los datos de la realidad, la relevancia

de nuestras propias decisiones para alcanzar la felicidad, y la confianza absoluta en el *Lógos* universal, la providencia divina y cósmica que sostiene el orden armonioso del mundo. En contraste con las contradicciones que los estudiosos han señalado entre la vida y la obra de Séneca, se pone en primer plano “la muy notable concordancia” (p. 94) entre la vida y la doctrina de este gran maestro de filosofía.

Finalmente, al emperador Marco Aurelio está dedicado el último capítulo (pp. 113-165), a cargo de David Hernández de la Fuente. El “sueño de Marco Aurelio”, narrado en la *Historia Augusta* y confirmado por la *Historia romana* de Dion Casio, es el disparador de unas páginas verdaderamente deliciosas en el que el autor logra demostrar “la actualidad y la vigencia de lo que representa Marco Aurelio” (p. 116). Hernández de la Fuente organiza su exposición en cuatro apartados: “Panorama histórico-biográfico”, dedicado a delinear, junto con los sucesos relevantes de su infancia y juventud y sus relaciones con Adriano y Antonino Pío, el carácter benévolo, filantrópico y piadoso de Marco, inclinado desde muy pequeño a la filosofía; “El estoicismo de Marco Aurelio: filosofía práctica para un mundo en crisis transformadora”, en el que el autor enfatiza el estoicismo “algo resignado” del emperador (p. 137), quien defiende la necesidad de que cada uno cumpla con entereza y responsabilidad con sus obligaciones; “Las *Meditaciones*: el libro de oro para sí mismo y para nosotros”, abocado a la descripción de este libro que solamente por azar se nos ha conservado y cuyo autor pensó solamente como apuntes “para sí mismo” mientras veía que su vida se iba en campañas militares que lo alejaban de su verdadera vocación, la filosofía; y “Reflexiones finales: el emperador de marfil”, que cierra el círculo iniciado con el sueño del emperador, quien, él también, como Epicteto, “aparece en todo caso en su obra como un hombre totalmente auténtico” (p. 157). El capítulo contiene cuatro ilustraciones: un busto del emperador, del siglo II d.C. (p. 119), una reproducción del impactante óleo “Últimas palabras del emperador Marco Aurelio”, de Eugène Delacroix, de 1844 (p. 161) y dos imágenes de elementos escriturarios romanos del siglo II d.C. (p. 162).

El volumen se cierra con una Selección bibliográfica (pp. 167-172), que contiene los datos de las traducciones de los autores clásicos y de los libros citados, y una breve selección de libros sobre estoicismo en general.

El estoicismo romano hace hincapié en las convergencias y divergencias entre Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, sus mayores representantes (si bien los dos últimos se expresaron en griego, como se sabe, su cosmovisión está sin duda anclada en el mundo romano de los siglos I-II d.C.). Es notable que ninguno de los tres haya expuesto de manera sistemática las doctrinas de la ética

estoica, única de las áreas de la filosofía a la que le dedicaron sus esfuerzos. Sin embargo, lo que conservamos de ellos nos permite hacernos una clara idea de las líneas generales de la ética estoica en esta etapa final de la historia de la escuela, etapa en la cual las doctrinas ya se habían separado considerablemente de las de los representantes del estoicismo antiguo, Zenón, Cleantes y Crisipo (lo que demuestra el dinamismo de la escuela en contraposición, por ejemplo, con su rival, el epicureísmo). En un mundo convulsionado, el objetivo de los tres era contribuir al logro de la felicidad individual, personal, mediante los dogmas estoicos; en ningún caso, plantean un objetivo colectivo que involucre llevar a cabo cambios sociales importantes. Ahora bien, los tres lo hicieron desde posiciones sociales muy diferentes, en contextos históricos particulares, y con procedimientos literarios y retóricos sumamente diversos entre sí. Este libro de lectura amena y atractiva escritura, recomendable para un público amplio, deja claro, ciertamente, que el estoicismo romano goza de una notable actualidad y continúa, en nuestro mundo contemporáneo también convulsionado, ofreciéndonos lecciones de vida que sería desaconsejable soslayar.